

SOLIDARIDAD Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN: HACIA UNA PIRÁMIDE COLABORATIVA

Solidarity and mass media: toward a collaborative pyramid

Sindo FROUFE QUINTAS

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Salamanca

RESUMEN: En el artículo intentamos reflejar la importancia de la solidaridad como bien universal necesario y los espacios que nos oferta la sociedad para poder practicarla. Mucho tienen que decir los *mass media* para que la pirámide se invierta y se creen servicios de ayuda para que las personas más necesitadas/excluidas encuentren en sus vidas desarrollo social más justo, coherente y democrático. Ser solidario con los demás es un derecho y un deber dentro de una sociedad que pregona la igualdad entre todas las personas.

Palabras clave: solidaridad, medios de comunicación, voluntariado, colaboración, mercado.

ABSTRACT: The article tries to reflect the importance of solidarity as a necessary universal value and the ways in which society allows us to put it into practice. The mass media will have to play a crucial role in making the pyramid invert, so that assistance services can be created for the people in need to find a fairer and more coherent and democratic social development. Solidarity is both a right and a duty within a society that proclaims equality among.

Key words: solidarity, mass media, voluntary service, collaboration, market.

1. CONTEXTUALIZACIÓN

El término *solidaridad* es aún relativamente joven. Se deriva del latín *in solidum* que significa *en bloque* y alude al hecho de que todos los hombres formamos una realidad compacta, una especie de bloque. Apareció en principio en el ámbito del Derecho civil, donde designa un grupo de personas que comparten determinadas responsabilidades. Más tarde se le asignó un significado ético con la finalidad de designar la convicción de

que todas las personas formamos una comunidad donde se verán reflejados los derechos y los deberes que nos pertenecen como miembros de tal comunidad. Es un bien para todos y cada uno, porque todos somos responsables de todo.

El contexto de la comunicación social está cambiando a velocidades impensables hace unos años. La aparición de las tecnologías de la información ha modificado los procesos productivos y la capacidad de los ciudadanos de acceder a la información. Los medios (principalmente la radio y la televisión) aparecen como los grandes mediadores entre los actores sociales y la opinión pública. Actualmente y con la aparición de la sociedad informacional se han producido nuevas formas de opinión pública: de la democracia mediática hemos pasado a la democracia electrónica. La democracia mediática se fundamenta en la educación, información y entretenimiento como actividades más importantes en la modernidad. El negocio de los medios de comunicación radica en proporcionar a sus clientes todo tipo de información y entretenimiento, a sabiendas de su deslealtad encubierta en las tareas informativas. Como escribe Moncada (2000, 9):

«La información es la primera materia prima de la economía contemporánea. Sin información no funcionan las máquinas, los sistemas. La información es la base de cualquier estrategia política o mercantil. Conseguir información relevante forma parte de la condición humana».

La solidaridad o, tal vez mejor, la *acción solidaria* es un valor en alza en nuestra sociedad, debido a las hecatombes, inundaciones, cataclismos, terremotos, mareas negras u otras calamidades producidas por la naturaleza que sacuden a naciones enteras y que las dejan en la ruina más atroz e inmerecida. Los últimos ejemplos son El Salvador y la India con sus miles de muertos. Ante estas situaciones tan dramáticas, los demás pueblos del orbe y todo tipo de instituciones, gubernamentales o no, salen en su ayuda. Se crea una conciencia colectiva de ayuda a los demás, de amparar a todos aquellos que se han visto privados de todo, hasta de la propia vida. Las imágenes televisivas que se presencian en los distintos programas enternecen los corazones más duros. Aquello que sucede lejos de nuestras vidas, se hace presente en un instante. Ahí radica uno de los poderes de la televisión: lo lejano nos lo hace próximo. Con frecuencia comemos en familia con los problemas de los demás. Ante tales eventos surge dentro de cada uno ese espíritu de colaboración, de solidaridad con sus males. Nada humano nos es ajeno ya por desconocimiento informativo. Escenas salpicadas de llanto y de muertes, familias enteras desaparecidas, edificios en escombros, gentes huyendo con lo puesto hacia la diáspora, etc., nos acompañan en nuestro diario vivir. Pero esta sensibilidad solidaria, a veces, se queda en los fenómenos externos, en un asistencialismo vulgar y en un olvido pasajero. Ello nos obliga a profundizar un poco más: entender la solidaridad humana como una ética de la justicia y de la responsabilidad. No podemos hablar de justicia distributiva e igualitaria cuando partimos por principio de criterios de exclusión, cuando definimos la justicia desde el arte de la diferenciación.

Quizá hace siglos existió una *solidaridad natural*, donde los hombres, principalmente trabajadores y marginados, se ayudaban entre sí. Todo se compartía: trabajo, comida, descanso, ilusiones sociales, etc. Se percibía en su convivencia y en sus relaciones

sociales el dominio del *Nosotros* sobre el yo individual. Así aparecen *Manifiestos* donde los excluidos de la tierra, obreros sin cualificación la mayoría, luchan por sus derechos civiles. La razón de tal entramado solidario radica en la vivencia de la injusticia que todos tenían y en que la unión colectiva o de todos les podía proporcionar ciertos bienes y derechos que estaban inculcados. Esta realidad palpable hace que, en la actualidad, pasemos de la solidaridad entre nosotros hacia la solidaridad con los demás.

Distintos pensadores españoles como el zamorano fray Toribio de Motolinía en su libro *Crónicas de Nueva España* habla de la solidaridad basada en el respeto hacia otra cultura distinta a la suya como era la azteca. Luis Vives en su tratado sobre *De subventione pauperum sive de humanis necessitatibus* defiende el principio de la responsabilidad política ante la pobreza.

Quizá sea la Revolución Francesa la que introduce un nuevo concepto de solidaridad, la *fraternité*, que ya no es hermandad, sino que va unida a la igualdad de derechos y a la libertad y que se vincula a un modelo de Estado participativo.

En actualidad, todos nos esforzamos por definir con claridad el concepto de solidaridad como un valor ético inconcreto y adornarlo de cualidades sublimes que le otorguen una categoría de actitud permanente ante los problemas/necesidades humanos. Creo que es más importante el practicar *acciones solidarias* que el rescate científico del término solidaridad. En este sentido nos acercamos más a las personas, colectivos o tareas solidarias que al mismo concepto de solidaridad.

2. LA SOLIDARIDAD COMO BIEN UNIVERSAL Y COMÚN

Con frecuencia nuestras solidaridades son locales, rodeadas de espacios y tiempos concretos, cercanas a nuestro grupo de pertenencia. El sistema capitalista ha fomentado el individualismo. Pero es necesario abrir las conciencias para crear en nosotros una responsabilidad universal. Quizá sea la esfera de la proximidad, donde todos estamos obligados a recrear el valor de las cosas, la que nos acerque a practicar el rito de la solidaridad. Esa conciencia universal que nos da la globalización nos ha obligado a cambiar nuestra percepción del mundo y de la sociedad. Ya no valen las categorías de espacio, tiempo, distancia, etc. Todo se nos presenta al instante como si sucediera al otro lado de casa. Este modelo de cultura que traen las nuevas tecnologías (incluidos los *mass media*) condiciona la conciencia de la persona en el mundo social. Nada es y aparece como antes. El exceso de redes y de medios de información es en la actualidad tan agobiante que la persona debe estar alerta y preparada para digerir con niveles críticos todo ese ciclón informativo que le llega mediante la lectura y las imágenes de todo tipo. A pesar de los avances y del advenimiento de la sociedad tecnológica muchos son los problemas psicológicos que presentan los miembros de las sociedades avanzadas, que en los años sesenta fueron planteados por Richta y otros (1971): neurosis de adaptación, alcoholismo, drogadicción, etc. Problemas sociales graves que la sociedad civil intenta solucionar por todos los medios a su alcance. Este tipo de lacra social, principalmente la drogadicción, está creando un desarraigo familiar en muchos jóvenes,

además de otros problemas añadidos que recaen directamente sobre la seguridad de los ciudadanos y su libertad personal. El miedo se ha apoderado de la población a grandes escalas. Nadie vive tranquilo, a no ser en su ámbito privado como es el hogar familiar. En las sociedades del bienestar, el consumo y adicción a las drogas aparece como síntoma del malestar y la insatisfacción existencial que dimanen de las pautas culturales, educativas, sociales y de estilo de vida vigentes.

La preocupación ética por los demás no debe concluir en nuestro círculo cerrado de relaciones humanas. Debemos estar ocupados por los problemas de los otros, de aquellos que ni conocemos. Sólo así la solidaridad se convertirá en un vehículo de encuentro entre mentalidades diferentes, entre pueblos distintos. No podemos olvidar que somos humanos porque estamos con otros, porque alguien nos ha ayudado en los primeros momentos de la vida. Gracias a ellos seguimos viviendo. Como escribe Zubero (2000, 17):

«Lo que nos hace humanos no es la sangre o la cultura compartida; lo único que resulta absolutamente imprescindible para desarrollarnos como personas es que otras personas nos acojan con amor en unos momentos en los que estamos absolutamente indefensos y dependientes».

Amengual (1993, 143), interpreta la solidaridad como condición natural de la sociabilidad humana. La solidaridad entendida así se convierte en un principio filosófico-social de gran valor, superior a la misma caridad. Aglutina diversos componentes que luchan por una misma finalidad, lo personal y lo colectivo, lo privado y lo comunitario. La solidaridad implica el proceso de entender a los demás, de ayudarles en sus necesidades y de planificar con ellos las acciones que les lleven a una mejora de su nivel de vida personal y comunitaria.

3. ESPACIOS PARA PRACTICAR LA SOLIDARIDAD

Hablar de espacios para la solidaridad es proponer aquellos ámbitos/espacios donde ella puede ser aprovechada y practicada. En nuestra sociedad actual existen espacios y actitudes solidarias. Quien más, quien menos intenta ayudar a los demás, ofrecer su apoyo a los necesitados y oprimidos, a los excluidos y a los marginados.

Debemos construir espacios que creen una conciencia de pertenencia a un mundo mucho más humano; desarrollar una conciencia crítica que posibilite la construcción de una economía basada en el principio del desarrollo sostenible y donde las leyes del mercado no sean los parámetros únicos de la medida de las cosas.

Analicemos tres espacios donde se puede manifestar la solidaridad humana:

3.1. *Las relaciones primarias y cercanas*

Quizá sea éste el cauce de solidaridad más universal y seguro. Nos referimos a las relaciones en el hábitat familiar (relaciones de familia). Desde siempre la institución familiar ha sido y es un espacio donde se manifiestan los afectos y apoyos morales, donde se produce la ayuda biológica y educativa a los hijos y donde se aprenden los

valores que predominan en una sociedad concreta. Algo semejante podemos afirmar entre los vecinos y amigos. El valor del vecino es cada vez más alabado. El vecino es aquella familia o persona que te ayuda en los momentos inoportunos, que te abre su puerta cuando las demás están cerradas, que te cobija en su domicilio cuando los otros se escudan en sus limitaciones. En los ámbitos comunitarios primitivos la solidaridad era un principio de relación de pertenencia que se practicaba a cada instante. Lo comunitario era todo aquello que te unía con los demás por lazos afectivos y de amistad.

Signos externos, como el toque de las campanas de la iglesia del pueblo a deshora o los mismos entierros, nos aperciben de que alguien solicita así nuestro apoyo y ayuda. El pueblo entero se convertía en una romería de solidaridades, donde cada uno ayudaba en lo que podía. La solidaridad se presenta como un valor básico para organizar la vida en sociedad. Esta idea latía en la mente de la comunidad. Quizá, en otras ocasiones, necesitemos nosotros la ayuda de los demás. Esta endogamia narcisista, poco cristiana pero individualista, era el pedernal de todas las reacciones a favor de los otros.

Posiblemente la acusación que podamos lanzar sobre la solidaridad en el interior de los grupos primarios es lo reducido del ámbito en que se ejerce, lo que supone una limitación desde la perspectiva de la igualdad social. Las solidaridades locales que se desarrollan en el interior de los grupos primarios están muy condicionadas por las posibilidades de tipo económico, cultural, etc. Con frecuencia, la solidaridad dentro de los grupos primarios reproduce, y a veces potencia, la desigualdad social.

Todo lo anterior es verdad pero las relaciones de las personas con los otros y con los grupos están cambiando. Los sistemas de valores defendidos hace unos años como son la cooperación, el ahorro, la honradez, la libertad, la religiosidad, el amor a la familia, etc., están siendo sustituidos y suplantados poco a poco por otros como la eficacia, la rentabilidad, el logro, el amor a lo material, los resultados inmediatos de lo que se hace, etc.

3.2. *La acción voluntaria y el voluntariado*

Muchas necesidades no cubiertas en la sociedad, encuentran su satisfacción mediante la acción de las organizaciones voluntarias. El Estado del Bienestar no puede con todo lo que proclama. Una sociedad excluyente como la nuestra es una sociedad conflictiva, en la que se produce una lucha desigual en el logro de sus bienes y servicios. El papel del voluntario es decisivo en la gran mayoría de contextos sociales. Su actividad es en general una actividad que actúa en contextos dualizantes y que convierte su modo de actuar en una búsqueda por el orden social más justo. Situar dentro de los contextos sociales necesitados es sumergirse de lleno en el campo de la tensión personal y social. El conflicto es algo natural en la realidad social. Y con él trabaja el voluntario. Cuando no se afrontan los conflictos de la realidad social las causas se perpetúan. Negar el conflicto es negar la realidad. Para Amalia Gómez (2000, 106):

«el voluntario viene a ser la solidaridad en lo concreto, tanto en el problema y las personas como desde el compromiso individual de cada una de las mismas. Pero también es la solidaridad articulada en red para crear sinergias que faciliten el logro de los objetivos».

Los datos del voluntariado en España son muy esperanzadores. Funcionan más de diez mil asociaciones filantrópicas registradas y el número de voluntarios supera los 700.000, donde aproximadamente un 53% desarrolla sus intervenciones en el campo socioasistencial y de forma más reducida en tareas educativas, sanitarias, culturales, de ocio y deporte. El voluntariado, las asociaciones sin lucro, las ONGs, están formadas por personas de toda edad y condición que añaden a sus tareas y ocupaciones habituales tareas solidarias. Es el denominado Tercer Sector. Pero a pesar del trabajo callado de los voluntarios en nuestra sociedad, en la sociedad española las actitudes insolidarias están más generalizadas y tienen mayor resonancia que las actitudes solidarias. A este tipo de mensajes tienen mucho que decir los medios de comunicación. Con frecuencia, se dejan sorprender por el morbo, la masacre afectiva, lo que vende, lo que la jungla espera que den, etc.

Los voluntarios son personas que disponen de tiempo para la prestación de ciertos servicios sociales que redundan en beneficio de otros. Según la Ley del Voluntariado, Ley 6/96, de 15 de enero, distingue entre el *voluntario*, la persona física que lleva a cabo su actividad libre, gratuita y responsablemente, y al que se le atribuyen una serie de derechos (formación e información, no discriminación, participación en el diseño de programas, reembolso de gastos y seguro por los riesgos, condiciones de higiene y seguridad, etc.) y obligaciones (cumplir los compromisos adquiridos, confidencialidad de la información, rechazar contraprestaciones, respeto a compañeros y beneficiarios, participación, seguir instrucciones de la entidad, actuación diligente, etc.), y la *entidad u organización de voluntariado*, la persona jurídica o marco asociativo que desarrolla o colabora en el programa en el que el voluntario lleva a cabo su actividad. Las diferencias entre los diversos modelos radican en los requisitos y condiciones que se exijan a las asociaciones para considerarlas como tales entidades. El concepto de *voluntario* viene definido en función de estos requisitos: carácter altruista y solidario, motivación libre para realizar la acción, falta de contraprestación económica, llevados a cabo por medio de la participación dentro de una entidad organizada.

3.3. El mercado

Quizá parezca extraño la nominación del mercado como un posible cauce para la solidaridad. En los sistemas capitalistas el motor de la actividad económica es siempre el lucro, las ganancias. A primera vista parece que en el mundo del mercado lo que domina y predomina son los intereses particulares e individuales, contrarios a la solidaridad. Sin embargo una lectura más sosegada del mercado, donde las motivaciones económicas sobresalen, puede tener efectos positivos para la economía de un país como es la creación de puestos de trabajo y todo lo referente al empleo. Para García Roca (1995, 31):

«El escenario del mercado está constituido por sujetos, actividades y flujos en base, preferentemente a relaciones de intercambio. Forman parte de este sector las empresas y actividades económicas, las transformaciones comerciales y las instituciones financieras».

Comprobamos que en el mercado económico florecen —quizá las menos— conductas solidarias, cuyas motivaciones están por encima de lo económico y de los bienes terrenales. Nos referimos a aquellas personas que eligen su profesión en función del bien que puedan hacer a los demás; aquellos que renuncian a su bienestar humano porque piensan que otros con más desventaja social les necesitan; empresarios cuyo objetivo es contribuir al bien común y que los beneficios revierten de nuevo hacia los más necesitados y pobres y todo un número ingente de consumidores y usuarios que toman sus decisiones movidos por la responsabilidad social y el precio justo. Aquí entrarían aquellas personas o colectivos que toman como línea orientadora lo que Mounier llamaba *personalismo comunitario*. Nos referimos a ese grupo heterogéneo de sociedades mutualistas, de empresas sin afán de lucro y de cooperativas que piensan más en los demás que en ellas mismas.

Sin embargo, la realidad cruel es otra. Unas 358 personas de todo el mundo tienen la riqueza del 45% de la Humanidad. Como comentan Macionis, J. y Plumer, K. (1999, 288):

«En nuestra sociedad no todos participamos de la riqueza de la misma manera. Mientras que un 20% de la población dispone del 70% del total de la renta mundial disponible, el 20% más pobre tan sólo dispone del 2% de dicho porcentaje».

El mercado, piensan los liberales, es la única institución capaz de satisfacer las diferentes necesidades de protección e integración social.

4. NECESIDAD DE UNA EDUCACIÓN PARA LA SOLIDARIDAD

En nuestra sociedad coexisten dos culturas que chocan entre sí: la cultura de la insolidaridad y la cultura de la solidaridad. Una más extendida y generalizada que la otra. Debemos preguntarnos dónde radica el fundamento de una cultura de la solidaridad y cuáles son los mecanismos a nuestro alcance para socializarla y difundirla.

Los pensadores griegos elaboraron la doctrina de la *philia*, como la amistad natural de los hombres y ahí es donde radica la base de la solidaridad. Terencio puso en boca de uno de sus personajes esta reflexión: «Hombre soy, y nada de lo humano puede resultarme ajeno». Cicerón nos dejaba este pensamiento: «La naturaleza prescribe que el hombre mire por el hombre, cualquiera que sea su condición, por ser precisamente hombre».

Esta doctrina de la *philia* llega hasta Santo Tomás de Aquino que la formula mediante un axioma: «El hombre es por naturaleza amigo del hombre (*Homo homini naturaliter amicus est*)». Aquí radica el fundamento de la solidaridad: todos los hombres, en cuanto hombres, somos de la misma especie. Pero además de la igualdad, aparecen las diferencias. Somos iguales pero diferentes. Como escribe Fromm (1989, 53):

«si percibo en otra persona nada más que lo superficial, percibo principalmente las diferencias, lo que nos separa. Si penetro hasta el núcleo, percibo nuestra identidad».

El ser humano nace necesitado, indigente y pobre. Necesita la ayuda biológica y dialógica de los demás, principalmente en los primeros y últimos momentos de su vida.

Sin ellos sería incapaz de sobrevivir. La meta debería ser que cada persona aporte según sus capacidades y reciba según sus necesidades. Es un buen principio de justicia distributiva. Este modelo de convivencia existe en algunas comunidades religiosas, donde cada uno aporta en función de su capacidad y todos reciben según sus necesidades.

Las agresiones de toda índole de las nuevas tecnologías informativas hacia las personas van a ser cada día más brutales, ya que únicamente podremos defendernos de ellas mediante una educación concienciadora y crítica, una educación para la solidaridad, donde aparezcan los riesgos del cambio de una sociedad industrial a otra tecnológicamente avanzada.

Se impone una nueva visión de la educación como algo global, general y que repercute en todas las decisiones que el hombre pueda tomar. La escuela como institución no es ya el recinto de todos los aprendizajes humanos. Ella sabe que eso es verdad, pero le aterroriza la pérdida de su influencia mediante la escolarización. Es necesario impulsar una educación crítica donde se enseñe a la persona a juzgar, valorar y contrastar todo tipo de información que le llega desde fuera. La escuela debe ser una comunidad abierta al entorno, tomar parte activa en los problemas de sus alumnos y diseñar programas en función de las necesidades y capacidades de los escolares. Nace así la llamada Educación para el Desarrollo y la Solidaridad, que se fundamenta en la interdependencia y solidaridad entre los pueblos de la tierra. Ese espíritu crítico debemos desarrollarlo con astucia y sin parar. Amorós (1995, 32) escribe:

«Hoy la lección es más urgente que nunca porque los medios que existen para manipular la opinión pública son cada vez más poderosos, más difíciles de resistir. La propaganda comercial y política nos acecha por todas partes. La lectura es la única solución para que no nos “coman el coco” definitivamente, para pensar por nuestra cuenta: para ser personas, en definitiva».

La escuela, además de la familia donde se aprenden las virtudes humanas, debe tener un papel protagonista en la difusión de la cultura de la solidaridad. La escuela necesita formularse varias preguntas: ¿cuál es la finalidad de la instrucción/educación que imparte? ¿Intenta formar hombres íntegros y completos, o tal vez, triunfadores de la vida en la nueva sociedad? Los ejes transversales explotados en la LOGSE ofrecen interesantes actitudes y hábitos para que el alumno los vaya interiorizando poco a poco.

5. SOLIDARIDAD Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN: HACIA UNA PIRÁMIDE COLABORATIVA

Los medios de comunicación en general son uno de los cauces más apropiados para la difusión de la cultura de la solidaridad. Ellos llegan a todos los rincones y están en casa siempre presentes. Esa *escuela paralela* que forman los *mass media* (según datos recientes, el niño español está ante el televisor entre 1.200 y 1.400 horas al año y sólo 800 ó 900 horas en la escuela) tiene una influencia decisiva sobre su persona en los aspectos más importantes de la vida como pueden ser los valores, los sentimientos, los derechos y deberes propios y ajenos.

Es importante crear en el niño la capacidad crítica y reflexiva de valoración de los mensajes explícitos que salen en la pequeña pantalla, tanto en lo que se refiere a los contenidos como a la forma de transmitirlos. Como comenta Moncada (2000, 10):

«La educación, la información y el entretenimiento están recorridos por oligopolios de diversos perfiles y son susceptibles de las más variadas manipulaciones. La principal manipulación, y la principal convergencia, entre los tres sectores es su paulatina transformación en un sistema global de información y entretenimiento con unas características peculiares».

El papel de los medios de comunicación cristaliza en una serie de funciones que afectan de alguna manera al mundo de la solidaridad:

- Energía para comprender la dirección y vida de los que están peor situados.
- Energía para resistir los lugares de la destrucción de todo lo que es humano.
- Energía que nos habilite para soñar mundos reales, partiendo de la fantasía de cada uno.
- Energía que nos permita ser libres ante la avalancha de concentración de información que poseen las instituciones burocráticas como son las administraciones públicas, las empresas y las organizaciones sociales.
- Energía para crear y poner en funcionamiento nuevas estructuras de servicio.

Los medios de comunicación, principalmente la televisión, nos muestra las alegrías humanas, pero también las tristezas: la destrucción, la marginalidad, la exclusión, la muerte, las hecatombes nacionales. Toda una serie de contextos que nos obligan a la práctica de la acción solidaria. Estas situaciones tan traumáticas nos obligan a ponernos en el lugar de los otros. Es un tipo de experiencia donde la gratuidad debe renovarse día a día, porque las necesidades humanas son inmensas y múltiples. Además nos acercan las imágenes con todos sus claroscuros a las esferas de lo próximo, de lo cercano. Estamos obligados a recrear el valor de los mundos que aparecen en las pantallas y sus esferas de proximidad. Los problemas cercanos, aquellos que percibimos a nuestro lado, son los que nos ayudan a potenciar la solidaridad como una especie de compromiso militante en favor de los demás/otros.

La comunicación que nos oferta los medios de comunicación es casi siempre creadora de solidaridad. Desarrolla y potencia la vida social, ya que sin comunicación no se da solidaridad ni vida social. La comunicación se presenta como un fenómeno de conocimientos mutuos, de intersubjetividades que tratan de encontrarse. Los medios de comunicación nos regalan continuamente hechos, sucesos y acontecimientos que reclaman nuestra ayuda y nuestro apoyo social. Nos obligan a estar dispuestos a poner nuestros dones de todo tipo al servicio del bien común. Los hombres necesitan percibir la solidaridad como aquello que queremos y asumimos en nuestras vidas, reconociendo que todos tenemos deberes, unos con los otros. Como comenta Camps (1990, 52):

«La justicia solidaria no debe ser entendida como la sustitución del deber de justicia por la educación en la solidaridad. Se trata de valores complementarios. La solidaridad ha de compensar y complementar las deficiencias de la justicia. La solidaridad debe ser selectiva hacia los más desposeídos. A los que no ven reconocida su categoría de ciudadano o de persona».

La difusión de una cultura de la solidaridad es una condición necesaria para vivir solidariamente, pero tal vez no sea suficiente. La solidaridad debe cristalizar en servicios que estén a disposición de todos los miembros del cuerpo social. La dinámica de la solidaridad empieza casi siempre en el corazón (cómo nos conmueven ciertos acontecimientos de la pequeña pantalla) pero no acaba en él, sino que trasciende la corporeidad y reaviva los ánimos para la creación de ciertas estructuras de servicios a favor de las personas o colectivos marginados o desamparados, que viven siempre en desventaja social. Practicar la solidaridad es construir un mundo habitable donde tengan cobijo los indefensos, los débiles, los pobres y los excluidos. Estas gentes son las que necesitan toda la ayuda posible para que nuestra sociedad sea cada vez más democrática y más justa. La solidaridad y la justicia se convierten así en postulados básicos para garantizar el carácter sostenido del desarrollo social.

Debemos trabajar por invertir la pirámide donde la libertad personal no se encuentre cercenada ni limitada en sus campos de acción. El poder y sus jerarquías se reducen cada vez más. Es necesario revitalizar la ética personal y social para poder luchar contra el escaso control de los espacios informativos y telepáticos. Aunque existen asociaciones de todo tipo para la defensa del consumidor su operatividad es más bien deficiente ya que el mundo social está gobernado por multinacionales o grupos de empresarios y políticos, a los que nadie se atreve a criticar de forma airada y judicial. Así nos luce el pelo. Ellas imponen todo y lo registran en nuestras mentes; manipulan la realidad, los acontecimientos, las noticias y la información. Es obligada la búsqueda de una pirámide colaborativa entre *mass media* y sociedad. Sólo así pondremos en práctica nuestra verdadera libertad personal y social. Y esto resulta sumamente difícil en una sociedad tecnificada donde priman los intereses económicos e ideológicos por encima de las voluntades personales. De ahí que la solidaridad como virtud humana deba ser desarrollada y potenciada desde todos los ámbitos sociales.

La búsqueda colaborativa entre educación solidaria y medios de comunicación exige nuevos planteamientos pedagógicos que faciliten la lectura semiótica de todo tipo de información que llega a la persona mediante los contextos sociales o próximos. Además de las enseñanzas escolares vivimos otro tipo de currículum invisible que aprendemos en la calle, con los amigos y que nos explica cuál es nuestro puesto en la sociedad y que la mejor receta para mantenerlo es conformarnos.

«En la escuela el niño continúa siendo objeto de la domesticación que recibe en casa, el uso del cuarto de baño, el no ser ruidoso, en fin, esa primera educación de un animal instintivo camino de su personalidad social. Poco a poco la sociedad nos va domesticando y si la primera domesticación tiene que ver con el dominio del cuerpo, con el control de la espontaneidad biológica, enseguida llegan las otras, aquellas en la que la escuela es más determinante» (Moncada, 2000, 92).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMENGUAL, G. (1993): «La solidaridad como alternativa. Notas sobre el concepto de solidaridad». *Revista Internacional de Filosofía Política*, 1, 135-151.
- AMORÓS, A. (1995): «Leer humaniza». *Vela Mayor*, 6, 27-32.
- CAMPS, V. (1990): *Virtudes públicas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- CRESPI, F. (1996): *Aprender a ser. Nuevos fundamentos de la solidaridad*. Madrid: Alianza.
- DOMINGO, A. (1997): *Ética y voluntariado. Una solidaridad sin fronteras*. Madrid: PPC.
- FROMM, E. (1989): *El arte de amar*. Barcelona: Paidós.
- FROUFE, S. (1991): «Participación y trabajo social». *Revista de Pedagogía Social*, 6, 61-69.
- GARCÍA ROCA, J. (1995): *Contra la exclusión social. Responsabilidad política e iniciativa social*. Santander: Sal Terrae.
- GÓMEZ, A. (2000): «El voluntariado como expresión solidaria en el siglo XXI». *Educación Social*, 14, 106-112.
- MACIONIS, J. y PLUMER, K.: *Sociología*. Madrid: Prentice Hall, 1999.
- MACIONIS, J. y PLUMER, K.: *Sociología*. Madrid: Prentice Hall, 1999.
- MONCADA, A. (2000): *Manipulación mediática. Educar, informar o entretener*. Madrid: Libertarias.
- PÉREZ SERRANO, G. (1997): *Cómo educar para la democracia. Estrategias educativas*. Madrid: Popular.
- RAWLS J. (1979): *Teoría de la justicia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- RICHTA, R. y otros. (1971): *La civilización en la encrucijada*. México: Siglo XXI.
- SARTORI, G. (1997): *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.
- ZUBERO, I. (1994): *Las nuevas condiciones de la solidaridad*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- ZUBERO, I. (2000): «Las nuevas condiciones de la solidaridad». *Comunicar*, 15, 15-20.